El Palote (Bacteria spatulata)

POR

Abraham MONTEALEGRE R.

Estas modestas observaciones biológicas, tendrán, no dudo, muchas deficiencias; pero ellas poseen el mérito de estar escritas con toda sinceridad y de ser el reflejo fiel de lo que se observa. Cuando no se tiene a mano guía de ninguna clase, es natural que se vaya con tanteos que no siempre dan buenos resultados, ya que se trata de mantener vivos por largo tiempo, a seres cuyos hábitos en general se ignoran en absoluto. Las referencias que suelen recogerse sobre sus vidas son casi siempre inexactas: a atenerse uno a ellas, el palote sería un monstruo más peligroso que la araña venenosa y tan temible como la cascabel u otro bicho por el estilo.

En efecto, no hay seguramente un insecto chileno que cause mayor temor ni más repulsión en nuestro pueblo que el palote.

Se le conoce también con los nombres de «caballo del diablo», «chamiza», etc. Estetemor tan infundado proviene, indudablemente, de la figura extravagante de su cuerpo y de su vida de solitario empedernido que lleva entre las ramas de las plantas en que vive.

Casi todo el mundo cree que es un insecto **que pica;** pero las opiniones difieren respecto al órgano que segrega el veneno, unos piensan que son las mandíbulas, otros se imaginan que es el ano y, los hay por fin, quienes creen que las patas llevan un fluído que tiene la propiedad de producir serias enfermedades como ronchas malignas, pústulas, etc., en la piel y aún causar la muerte de las personas.

No es raro, de consiguiente, oír de los campesinos que el palote se introduce a los dormitorios en donde sorprende a los individuos durmiendo para picarlos en la

nuca. La persona atacada muere, según éllos, antes de las venticuatro horas.

Parece que esta misma superstición u otras parecidas, existen en las demás provincias de Chile.

Imposible es imaginar que un insecto tan inofensivo y tan bonachón haya despertado en el alma de nuestro pueblo semejantes supercherías, porque, fuera de la forma de su cuerpo que recuerda en pequeño a la de los monstruos primitivos de la tierra, el palote es uno de los

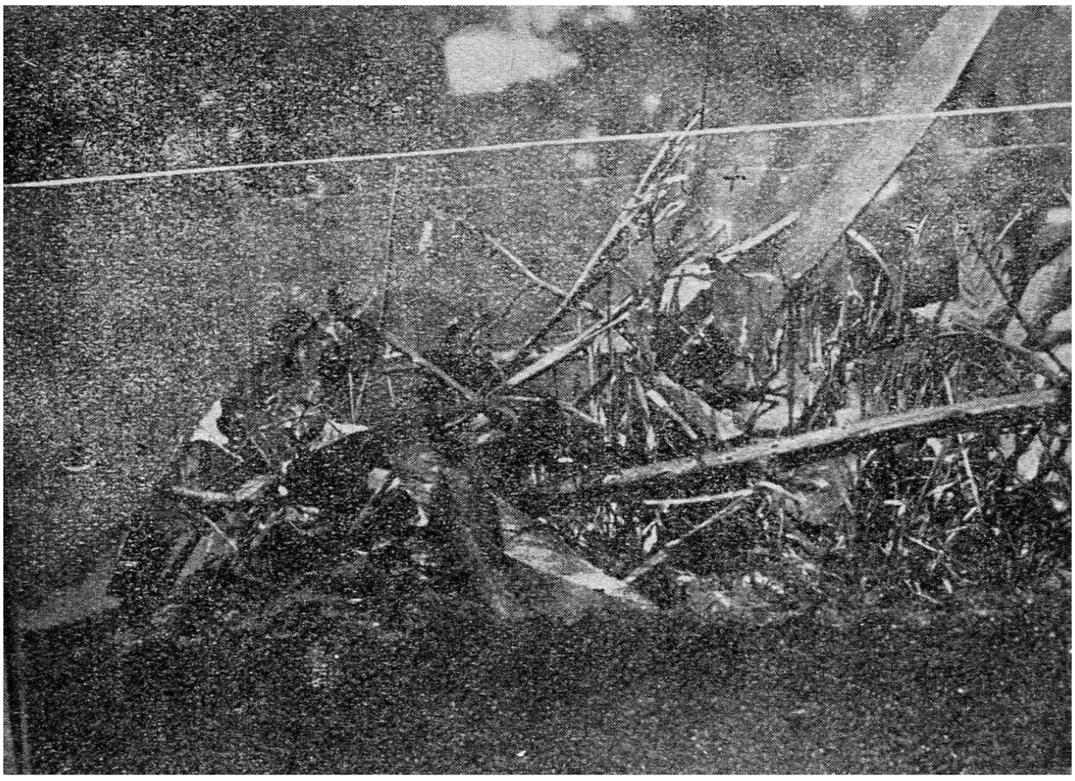

Fig. 5.—Caja de observación en que viven dos ejemplares ♀ ♀ y un ♂

seres más dignos de lástima por su falta absoluta de armas ofensivas. No tiene otra protección que su interesante mimetismo de color y de forma.

Nada hay más aburridor que observar las costumbres del palote. En él se halla reunida toda la inactividad imaginable. Representa, en una palabra, el prototipo de la pereza y de la flojera.

Cuando uno piensa en la laboriosidad maravillosa de la Megachile, en la actividad social del moscardón y las

compara con la quietud desesperante del palote comprende, entonces, los múltiples recursos que tiene la Naturaza, el «Anima Mundi» de ciertos filósofos para poner en el cuerpo de cada uno de sus seres la cantidad de energía suficiente para su lucha por la vida.

El palote vive en un perpetuo sueño: duerme de día y duerme de noche y sólo por cortos instantes, a la hora del crepúsculo, cuando el día comienza a borrar del cielo sus colores de ensueño y el silencio a invadir campos y bosques, se despierta de su letargo real o aparente. Palpa con sus largas antenas las vecindades, mueve las patas delanteras en todas direcciones hasta encontrar las hojas que constituyen su único alimento. No es gran cosa lo que come, generalmente con una hojuela de mora la hembra tiene suficiente, el macho mucho menos. Roe como la oruga; pero siempre el borde de la hoja en la que va trazando así como un arco que endereza de tiempo en tiempo, comiendo los extremos solamente. En esta operación tan importante y tan vital, lo sorprende el sueño y el palote sigue su letargia incomparable quizá si, resolviendo en su pequeña cabeza de filósofo minúsculo, la ley de vivir a costa del menor esfuerzo.

Sin embargo, esta inmovilidad, verdadera o ficticia, tiene que ser así. El palote desempeña un papel mimético curioso, talvez el más sorprendente que se conoce entre los insectos chilenos. Imita como artista consumado un palito, un gancho, una ramita verde o seca; pero en todo caso fijo e inmóvil como ellos. Todo su cuerpo está mimetizado de tal modo, que ni los ojos más expertos pueden localizarlo de buenas a primeras cuando el insecto reposa tranquilamente entre las ramas. ¿Cómo pedirle dinamismo, movimiento, a un ser que no ha hecho otra cosa durante siglos y siglos que tratar de imitar en forma y color al medio en que vive? Forzosamente hay que reconocer que ha alcanzado el máximo de perfección en su disfraz.

Las patas son largas y delgadas y muy parecidas entre sí, a excepción del primer par que se ha modificado especialmente para que pueda el palote llevar a cabo, de una manera más perfecta, sus curiosos *engaños*. En la base del muslo llevan una especie de sacado que ajusta

muy bien a la cabeza cuando el insecto las estira completamente hacia adelante. El cuerpo se prolonga entonces, casi en una mitad más y el aspecto que toma el insecto es el de una rama terminada en punta. Otras veces las abre hacia los lados como los ganchos de un palito; en fin, ejecuta con ellas tantas figuras como formas de ramas existen. En cualquiera de esas posiciones que adopte el palote puede uno tocarlo y aún golpearlo con un objeto sin que se mueva o de muestras de vida. Es claro: una rama tampoco se ajita o se mueve si se le toca o golpea con suavidad.

Pobre insecto. La naturaleza fué injusta con él: le robó las alas y le quitó hasta el ansia de vivir. Es en realidad un animalito paradoja: «*vive muerto*».

Los sexos difieren notablemente. El macho es más pequeño que la hembra, su cuerpo es delgado y en cierto modo esbelto; lleva un par de antenas muy largas y en el último segmento del abdómen un aparato pediforme en cuya parte inferior se encuentra el órgano copulador.

La hembra, en cambio, es mayor en tamaño y su cuerpo, grueso y robusto, es tosco y pesado. Los órganos sexuales se encuentran también en el extremo del abdómen y están protejidos por una curiosa lámina foliácea.

En los primeros días del presente año obtuve dos hermosos ejemplares hembras, grandes, fuertes y de distinto color.

Pronto se aclimatarán en su nueva vivienda, porque el palote es bueno y manso como un cordero. Tiene la recomendable cualidad de domesticarse fácilmente. Pasaron muchos días solas, en un perpetuo soñar, dominadas constantemente por su exasperante modorra.

El 5 de Febrero llegó, por fin, a mis manos el primer ejemplar macho que pasó también a formar parte del vivero. Causa risa su aspecto de dandy moderno: flaco, chupado, de patas largas, tiene en realidad, mucho del don Juan de nuestros tiempos.

Su presencia trajo algo de vida, de movimiento inusitado al vivero. El mismo día cinco, el pequeño enamorado hizo valer sus derechos de temible conquistador. No se anda con rodeos, se va pronto al grano. Pero en sus

Palotes ♂ y ♀ en cópula el 5 de Febrero de 1928.

amores no hay ni tragedia, ni romance; hay sí, mucho de comicidad.

Durante el largo tiempo que dura el apareamiento veinte a veinticuatro horas, el macho se hace el muerto. La hembra lo arrastra por todas partes y pobre galán, golpeado aquí, magullado allá, sufre con paciencia y resignación cuanto de malo le acontece, mientras cumple con la misión más importante de su vida.

Posteriormente, la tristeza lo invade, come poco y termina por morir unos veinte días después.

El mismo día de la cópula la hembra puso un huevo redondo, nacarado y del porte de una munición pequeña. Está envuelto por una membranita fina que forma en un punto, algo así como una asa o agarradero minúsculo.

El huevo se desprende del cuerpo de la madre y, caiga donde caiga, ella no se preocupa para nada de él. ¡Curioso caso de insecto cuyo carácter indiferente está de acuerdo hasta con sus sentimientos maternales! Yo lo he recogido cuidadosamente, guardándolo en un tubito de vidrio; pero sin ningún éxito. Espero, en cambio, obtener mejores resultados en posturas que vengan después, ya que no es posible creer que un insecto tan poco cuidadoso con su descendencia tenga una fertilidad tan escasa.

Entre tanto, las hembras siguen su sueño, sueño profundo de maravillosos artistas, inimitables por los palotes humanos que jamás podrán alcanzar su perfección.

Valdivia, 10 de Febrero de 1928.